



Carlos López Hernández

II Domingo de Adviento. Año B

ORDENACIÓN DIACONAL DE ANTONIO CARRERAS SÁNCHEZ-GRANJEL

El Señor, el Dios de Israel, se acuerda de la alianza en favor de su pueblo en el destierro (cfr. Lv 26, 43- 45). Y le anuncia un **mensaje de consuelo y alegría**: el castigo por el pecado termina ya, el crimen ha sido pagado con creces. Va a comenzar la vuelta a la tierra de los padres. Será un nuevo éxodo, más glorioso que el primero.

El desierto fue en el primer éxodo un lugar de dificultad y de pruebas, de tentación e, incluso, de castigo y de muerte. Ahora, en el nuevo éxodo, será únicamente camino de gloria, de manifestación del poder de Dios ante todos los pueblos (cfr. Is 35, 2). Los valles y montañas, lo escabroso y torcido será camino llano y recto; y todo lo que dificulta la vuelta a la patria desaparece ante el paso de Dios con su pueblo (cfr. Is 35, 8). *“Conduciré a los ciegos por el camino que no conocen, los guiaré por senderos que ignoran, ante ellos convertiré la tiniebla en luz, lo escabroso en llano. Esto es lo que hare y no los abandonaré”* (Is 42, 16).

El heraldo de Dios habla al corazón de Jerusalén y a las ciudades de Judá; alza fuerte la voz con el anuncio de la buena noticia: *“Aquí está vuestro Dios...llega con poder... y su recompensa lo precede”* (Is 40, 9-10). Dios está ya entre los suyos, viene a estar con ellos, trae la salvación, reúne, apacienta y cuida a su pueblo: *“Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían”* (Is 40, 11).

El Adviento es tiempo de gozo porque *“Dios anuncia la paz”* y *“la salvación esta cerca de los que lo temen”* (Sal 84, 9-10). Los repatriados de Babilonia, que escribieron estas palabras, habían experimentado ya la salvación de su Dios. Pero, a pesar de la liberación obtenida, las ruinas de la ciudad santa les hacían vivir también el drama de una salvación que no estaba aún plenamente realizada. La restauración de la vida religiosa y social fue un proceso largo y difícil. Los cristianos conocemos la salvación obrada por Cristo, pero xperimentamos también las ruinas en que nos sumerge con frecuencia nuestra debilidad; por ello, como Israel vuelto del destierro, creemos en la salvación realizada, pero al mismo tiempo suspiramos por una salvación total y este deseo nos hace decir: ¡Danos, Señor, tu salvación!

La segunda carta de San Pedro está centrada en el tema del retorno de Cristo y las circunstancias que acompañarán este misterioso y trascendental acontecimiento.

Los cristianos de la primera edad esperaban, con el espíritu tenso, estar presentes cuando sonase aquella inefable hora última. Lo esperaban de tal manera que tuvieron



Carlos López Hernández

dificultad para distinguir la salvación ya realizada con la primera venida de Cristo y su plena consumación en la segunda venida. El escrito apostólico aclara que Dios está muy por encima de las medidas humanas del tiempo. “*Para el Señor un día es como mil años y mil años como un día*” (2 Pe 3,8).

El tiempo presente del cristiano es el tiempo de la paciencia de Dios para nuestra conversión y salvación. Lo decisivo ahora es esperar en actitud de vigilancia activa, cuidando los frutos de la salvación recibida, para que Dios nos encuentre en paz con él, intachables e irreprochables. Con vuestra conducta santa y piadosa, dice el apóstol, no solo os mantenéis en espera vigilante, sino que también “*apresuráis la llegada del Día de Dios*” (2 Pe 3, 12).

La voluntad de Dios es la realización de su obra salvadora. Es una obra que se desarrolla en esta tierra y bajo este cielo, pero que se consumará en “*unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia*”(2 Pe 3,13). Con la imagen de “*un nuevo cielo y una nueva tierra*” (Is 65, 17), había expresado el profeta Isaías la alegría, el júbilo y el regocijo que el Señor iba a crear en Jerusalén y en su pueblo, haciendo posible una existencia personal y social totalmente distinta, en una naturaleza en armonía (Is 65, 17-25).

El texto del evangelista Marcos nos exhorta a ***preparar el camino del Señor*** escuchando la voz del mensajero, enviado por él a anunciarnos en el desierto el camino de la conversión para el perdón de los pecados.

Marcos sintetiza la predicación del Bautista en dos textos de Isaías y Malaquías, que él atribuye sólo a Isaías: “*Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí*” (Mal 3,1). “*Una voz grita: En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor.*” (Is 39, 3-5).

A continuación describe el evangelista la vida de Juan como una personificación ejemplar de su mensaje de conversión y un testimonio auténtico de la preparación del camino del Señor. El relato más amplio de Lucas ofrece las pistas de la conversión, que Juan ofrecía a quienes le preguntaban: ***¿Qué debemos hacer hacer?*** (Lc 3, 10.12.14.). Hoy debemos también nosotros hacerle la misma pregunta. Sus respuestas nos ayudaran a abrir en nuestra vida el camino al Señor y a acoger su salvación. Aquí y ahora, cada cristiano es llamado a preparar un camino en el desierto del propio corazón, a enderezar lo torcido y volver a la senda que conduce al Señor. Se trata de llenar los vacíos del propio comportamiento, de rebajar las colinas del orgullo y de la arrogante autosuficiencia (cf. Lc 3, 5; Is 40, 4).

La vida humana es designada con frecuencia como camino (Is 40, 14; 42, 16; Sal 34, 6; 35, 5); particularmente la conducta (Ex 18, 20), y más en cuanto se la ve



Carlos López Hernández

relacionada con el plan de Dios (Jr 7, 23). Dios invita al hombre a la conversión diciéndole que abandone el camino malo y entre en su camino, que es su ley (Ez 7, 5-8). El “Camino del Señor” es en los profetas la conducta conforme a su voluntad (cfr. Jr 6, 16). Y preparar el camino del Señor, quiere decir convertirse, llevar una conducta digna, como la vida de Juan. Él es nuevo Elías (Mt 11, 13-14) que anuncia a Israel la **gran consolación del que viene a bautizar con Espíritu Santo**.

Cristo señala el verdadero camino al Padre con su doctrina y su vida; él es el camino (Jn 14, 4) que han de seguir los hombres de todos los tiempos que quieren salvarse. Los discípulos de Jesús son los que pertenecen al Camino (Hch 9, 2). Y Pablo da culto al Dios de sus padres según el Camino de Jesucristo. (Hch 24,14).

Preparar el Camino del Señor es la misión que la Iglesia ha recibido de Jesús al enviar a sus apóstoles a hacer discípulos a todos los pueblos hasta el final de los tiempos (cfr. Mt 28, 19-20).

Para esta misión suscita Dios siempre en la Iglesia discípulos y apóstoles. Son los enviados a **anunciar y hacer presente el gran Consuelo del Evangelio, el Bautismo, la Eucaristía y el Amor de Jesucristo, por la fuerza de su Espíritu**. Son los profetas que alzan la voz con fuerza para proclamar el Evangelio de la verdad y de la vida, que llama a reconocer la presencia misteriosa y real de Dios, luz de las gentes, en la Iglesia y en el mundo. Son los testigos del Amor de Dios, que “hablan al corazón” para despertar y reavivar “el hambre y la sed de Dios” en todos sus hijos.

En nuestro Adviento diocesano de 2017, nuestro querido hermano Antonio acoge con alegría la llamada de Dios a "consolar a mi pueblo" y "preparar el camino del Señor". Y la Iglesia se las entrega de forma pública como misión y le capacita para llevarlas a cabo con la gracia del Espíritu Santo en el sacramento del orden diaconal.

La misión del diácono se expresa en el rito de la ordenación con estas palabras: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”.

El diaconado es el grado primero del sacramento del orden. Se confiere por el Obispo mediante la imposición de las manos y la plegaria de consagración, cuya parte esencial es la siguiente: “ENVÍA SOBRE ÉL, SEÑOR, EL ESPÍRITU SANTO, PARA QUE FORTALECIDO CON TU GRACIA DE LOS SIETE DONES DESEMPEÑE CON FIDELIDAD EL MINISTERIO.”

Fortalecido con el don del Espíritu Santo, el diácono queda consagrado y capacitado para ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la palabra de Dios, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad. En la celebración de la Eucaristía proclamará el Evangelio, preparará el sacrificio y repartirá a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor. Además, por encargo del Obispo, presidirá las oraciones,



Carlos López Hernández

administrará el bautismo, asistirá y bendecirá el matrimonio, llevará el viático a los enfermos y presidirá los ritos exequiales.

Es propio del diácono ejercer el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco. El amor y servicio a los pobres es la forma específica en que el diácono prepara el camino del Señor a la luz del Evangelio.

Querido Antonio: Al acceder libremente al Orden del diaconado, debes dar testimonio del amor de Dios; en primer lugar en el compromiso sacramental del celibato, con la gracia y la libertad del Espíritu Santo, para la disponibilidad a la misión, sin limitación alguna. Con esta libertad del Espíritu has de consagrar tu vida por entero al anuncio del Evangelio y al servicio de los hermanos en todas sus necesidades; y serás un enamorado de los pobres, ayudándoles a ganar o recibir el pan de cada día.

Camina sin mancha e irreprochable ante Dios y ante los hombres. Muestra en tus obras la palabra de Cristo que proclamas. De esta manera, podrás salir en el último día al encuentro del Señor, y oír de él estas palabras: *“Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor”*.

Alba de Tormes, 10 de diciembre de 2017